

la Gorce en su *Historia del segundo Imperio*, el gobierno, ya fuera por haber recobrado su sangre fría, ya por moderación ó bien por arrepentimiento, se negó á llevar más adelante una repetición tan inmotivada é inoportuna del golpe de Estado.»

El 25 de marzo anunció el *Moniteur* que se había conseguido el objeto propuesto y que los que se encontraban expuestos á los rigores gubernamentales no tenían nada que temer si no cometían nuevos desmanes. La ley de seguridad general continuó siendo una espada de Damocles, pero casi nunca hirió ya.»

Napoleón III vacilaba entre dos caminos: el que conducía á la reacción y el que tenía por término el coronamiento del edificio imperial por la libertad. La política de rigor y la de olvido tenían partidarios entre los consejeros del monarca. El general Espinasse representaba la primera de estas políticas combatida por el príncipe Napoleón. Queriendo justificar su programa, el general-ministro dirigió al emperador una nota que se encontró después del 4 de septiembre entre los papeles de las Tullerías. «Una de dos, decía en esta nota, ó V. M. quiere modificar su sistema, desmentir sus antecedentes, cesar, á lo que juzgo, de responder á los votos y á las necesidades más imperiosas del país, y en este caso confieso que no soy ni puedo ser el hombre encargado de semejante misión; ó se propone perseverar con razón en los principios de autoridad vigilante que son y deben ser las bases de su gobierno, sin perjuicio de aflojar, hasta cierto punto, lo que en una situación excepcional había de forzosamente tirante, y en este caso no puede aflojar de un modo conveniente las riendas sino un hombre que sea capaz de tirar de nuevo de ellas y de un modo vigoroso siempre que de ello hubiere necesidad. Prescindir de ese hombre es dar nuevo pasto á la inquietud pública, es justificarla con una apariencia de versatilidad y de debilidad, sin contentar en absoluto á los que en el fondo se proponen derribar las instituciones imperiales.»

El general se quería hacer de este modo el hombre necesario, y anunciaba su dimisión para el caso en que el emperador no aceptase sus ideas. Esta dimisión fué aceptada, y el general Espinasse, nombrado senador, fué reemplazado el 15 de junio como ministro del Interior por M. Delangle, que no agregó á este título el de ministro de Seguridad general. Al mismo tiempo se creó un nuevo ministerio, el de Argelia y Colonias, para el príncipe Napoleón, llamado de este modo á crear un puesto en el Consejo. Suspendióse, pues, la política excepcional motivada por el atentado del 14 de enero, pudiéndose ya prever una primera orientación hacia el Imperio liberal de 1870.

XXIII

EL CONDE DE PERSIGNY

Una de las consecuencias del atentado del 14 de enero fué suscitar complicaciones entre Francia é Inglaterra que por espacio de algunas semanas presentaron un carácter muy grave y sometieron á una prueba ruda la alianza de las dos naciones.

El embajador de Napoleón III á la reina Victoria era el conde de Persigny desde el 7 de mayo de 1855. Nacido en Saint-Germain-Lespinasse, departamento del Loira, el 11 de enero de 1808, acababa de cumplir cincuenta años. Su carrera, como la de su soberano, había abundado en vicisitudes y agitaciones. Hijo de un oficial del primer Imperio que pereció en 1812 en la batalla de Salamanca, había salido con el número uno de la escuela de caballería de Saumur en 1826, pero dejó el servicio militar en 1833. Durante el reinado de Luis Felipe escribió en periódicos legitimistas antes de afiliarse al bonapartismo, del que fué uno de los más fervorosos apóstoles y de los principales precursores. Contribuyó grandemente á la organización del complot de Estrasburgo, y en el acta de acusación se decía de él que era hombre de cabeza y de resolución, activo, inteligente, que poseía como nadie los secretos de las tramas en que se basaba la conspiración.» Reducido á prisión con el príncipe Luis Napoleón, pudo escaparse y logró refugiarse en Inglaterra. Tomó luego parte en la expedición de Boulogne y fué sentenciado á veinte años de reclusión. Encerrado primero en Doullens, logró ser trasladado al hospital militar de Versalles. A fines del reinado de Luis Felipe fué simplemente internado en el recinto de esta ciudad, en la que disfrutaba de entera libertad de acción. Diputado á la Asamblea legislativa en 1849, fué uno de los hombres que más ayudaron al príncipe-presidente á conquistar el poder supremo. Habiendo sido partícipe del trabajo, lo fué del triunfo, y Napoleón III, uno de cuyos méritos consistía en ser hombre agradecido, le colmó de honores, nombrándole ministro del Interior y senador en 1852, embajador en Londres en 1855, gran cruz de la Legión de Honor en 1856, é individuo del Consejo privado en 1858. El 27 de mayo de 1852 había hecho que se casara con una linda joven de diez y ocho años, nacida del matrimonio del general príncipe del Moskowa, hijo mayor del ilustre mariscal, con la hija única del célebre banquero Santiago Laffitte.

Perfecto conocedor de la lengua, costumbres é instituciones de Inglaterra,

el conde de Persigny contaba muchos amigos en la elevada sociedad inglesa. Partidario convencido de la alianza, bienquisto de los whigs lo mismo que de los torys, muy apreciado por la reina y por los ministros, le agradaba residir en Londres, donde su fama de amigo y confidente del emperador le deparaba como diplomático una fuerza y una autoridad excepcionales.

Hemos dicho ya que al día siguiente del atentado del 14 de enero el embajador de Francia se había congratulado de la actitud del ministerio inglés. Pero poco después cambiaron las cosas. El origen de las complicaciones fué un despacho que el conde Walewski dirigió al de Persigny el 20 de enero de 1858 y que lord Palmerston presentó el 8 de febrero en la mesa de la Cámara de los Comunes. El ministro de Negocios extranjeros del emperador comenzaba por recordar en este despacho que el nuevo atentado, lo mismo que los anteriores, se había tramado en Inglaterra; que los autores del complot habían preparado allí á sus anchas sus medios de acción, estudiado y fabricado los instrumentos de destrucción de que acababan de hacer uso, y que de allí habían salido para realizar su plan. Ninguna nación respeta más que Francia el derecho de asilo; pero los asesinos ¿merecen hospitalidad? «¿La legislación inglesa, añadía el conde Walewski, puede seguir amparando á unos hombres que se ponen fuera del derecho común y reniegan de la humanidad?» Y concluía de este modo: «El gobierno de S. M. Británica puede ayudarnos á conjurar el peligro, dándonos una garantía de seguridad que ningún Estado puede negar á un Estado vecino y que tenemos derecho á esperar de un aliado. Llenos además de confianza en el elevado criterio del gabinete inglés, nos abstenemos de toda indicación relativa á las medidas que convendría tomar y nos lisonjea la firme persuasión en que estamos de que no apelamos en vano á su conciencia y á su lealtad.»

La nota del conde Walewski no fué al pronto mal acogida en Londres. Lord Clarendon, jefe del Foreign Office, escribió el 23 de enero á lord Cowley, embajador de Inglaterra en París, que el Parlamento jamás consentiría en aprobar un *bill* para la expulsión de los extranjeros: «tanto daría, decía, proponer á la Cámara de los Lores ó á la de los Comunes la anexión de Inglaterra á Francia; mas, aparte de esto, los consejeros de la reina no mostraban repugnancia en estudiar la legislación vigente y llenar sus vacíos si necesario fuese.» El conde de Persigny se creía completamente tranquilizado acerca de las disposiciones del ministerio inglés, y el 29 de enero escribía al conde Walewski: «Aquí no se expondrán á una guerra terrible por afición á las sutilezas judiciales y en interés exclusivo de una cuadrilla de malvados.»

El Parlamento estaba cerrado, pero iba á reunirse el 8 de febrero. El primer ministro, lord Palmerston, preparó para someterla á su aprobación una moción calificada de *Conspiracy bill*, que castigaba como crimen de alta traición todos los complots tramados en Inglaterra para asesinar á un príncipe extranjero.

En tal estado se hallaban las cosas cuando á fines de enero se tuvo en París la malhadada idea de insertar en el *Moniteur* los mensajes de coroneles que con-

tenían verdaderas injurias contra Inglaterra. Según escribió M. de Persigny al conde Walewski, con ello se suscitaba una gran dificultad al gobierno inglés. Con todo, la opinión general era que los tories no combatirían el *conspiracy bill* presentado por los whigs. «Hoy, decía el embajador en un despacho del 5 de febrero, he recibido vivas felicitaciones de muchos de mis colegas que, dando ya por alcanzado el resultado, me atribuyen su mérito. La verdad es que si he cumplido con mi deber, me han auxiliado grandemente las simpatías políticas que el emperador despierta en el país y las amistades respetuosas que ha sabido inspirar. Sin embargo, no hay que abusar. La discusión será viva y seria.»

En vista del efecto desastroso causado por muchos mensajes de coroneles, el conde Walewski dirigió el 6 de febrero al conde de Persigny un despacho en que decía: «Si entre las manifestaciones entusiastas de adhesión del ejército á S. M. han podido deslizarse en el periódico oficial algunas palabras que han parecido en Inglaterra expresión de un sentimiento diferente, son demasiado contrarias al lenguaje que el gobierno imperial no ha cesado de usar en este asunto al dirigirse al de S. M. Británica para que se las pueda atribuir á otra cosa que á una inadvertencia causada por la afluencia de estos mensajes en los primeros momentos. El emperador os encarga que digáis á lord Clarendon cuánto lo lamenta.» Gracias á esta retractación, lord Palmerston obtuvo en la primera lectura del *conspiracy bill* en la Cámara de los Comunes una mayoría de doscientos votos. Los tories habían votado en pro, conforme á la promesa que hicieron á M. de Persigny, de suerte que nadie ponía en duda el buen resultado final.

La segunda lectura del bill se verificó el 19 de febrero. Muchos individuos de la Cámara de los Comunes, no dudando de la aprobación, se habían ausentado. Pero ocurrió el más imprevisto de los efectos teatrales. En el momento en que lord Palmerston se creía firmemente seguro de vencer, M. Milner Gibson presentó la siguiente enmienda: «La Cámara expresa su horror por el atentado contra la vida del emperador, y prestará su apoyo para que se remedien los vicios que pudiera haber en la legislación. Sin embargo, no puede menos de sentir que el gobierno, antes de invitar á la Cámara á modificar la ley, no haya creído que debía contestar al despacho francés del 20 de enero.» Esta enmienda fué aprobada por 234 votos contra 215, y en su consecuencia lord Palmerston y los demás ministros presentaron su dimisión. Los tories recobraron el poder y lord Derby formó un ministerio con M. Disraeli y lord Malmesbury. ¡Extraño resultado de los caprichos y de las anomalías parlamentarias! El hombre del *civis romanus*, el ministro preferido del patriotismo británico, era el que caía por achacársele que no había defendido suficientemente el honor nacional; el hombre de Estado con tanta frecuencia acusado de desencadenar las tempestades revolucionarias sobre Europa era el derribado por haber propuesto una medida esencialmente conservadora.

El conde de Persigny decía en un despacho del 23 de febrero: «Lord Pálmerton, con su independencia de espíritu habitual, me ha hablado de su situación como si se tratara de la dimisión de un mandarín chino. En su conversación no ha intercalado ninguna frase de enojo contra los hombres ó contra las cosas..... Ha observado que era la segunda vez que salía del ministerio á causa de Francia y del emperador: la primera cuando el ministerio de lord John Russell por haber aprobado el golpe de Estado, y me ha dicho que tendría el derecho de contestarlo así á cuantos, faltando á la verdad, le han acusado de no ser amigo sincero de Francia y del emperador.»

M. de Persigny confiaba en que el nuevo gabinete no retiraría el *conspiracy bill*. Lord Clárendon había sido reemplazado en el cargo de jefe del Foreign Office por lord Malmesbury, amigo personal de Napoleón III, que había ido á visitarle á la fortaleza de Ham cuando estaba preso. El embajador no descuidó nada para convencer al hombre de Estado inglés y á sus colegas, y les habló con la elocuencia más firme y más enérgica. Pero no podía menos de reconocer en su fuero interno que muchas de las críticas formuladas por ellos contra ciertas faltas del gobierno imperial tenían algo de fundadas. Lord Malmesbury le decía: «En todas partes, en todas las ciudades, en todos los ayuntamientos, se habían hecho convocatorias para preparar y votar mensajes de felicitación dirigidos al emperador: en una palabra, toda Inglaterra estaba en movimiento para atestiguarle su simpatía, cuando el *Moniteur* ha venido á enfriar todos los corazones. La iniciativa directa y oficial del gobierno francés ha excitado un sentimiento tanto más penoso cuanto que quitaba á Inglaterra el mérito de la iniciativa privada.»

Tal era en el fondo el sentimiento del mismo embajador. Parecíale que «la facultad del *Moniteur* de representar al emperador era un peligro, sin ventaja alguna.» Lamentaba el envío de aquel solemne despacho del 20 de enero, que había ocasionado la caída de lord Pálmerton. Sin temor de ofender al conde Walewski y quizás también á su soberano, tenía la franqueza y la audacia de escribir al ministro de Negocios extranjeros el 28 de febrero: «No debo comentar vuestro despacho del 20 de enero. Lo único que puedo decir es que si se me hubiera consultado antes de dar semejante paso, como tal vez lo exigiera el uso en toda Europa y seguramente la prudencia ordinaria de las cosas humanas, no habría podido menos de aconsejar, en el caso en que se encontraba ya la cuestión planteada é iniciada por el gobierno inglés, que no se enviara ese despacho, ó por lo menos que no se le diera el carácter de una comunicación oficial... Henos, pues, llegados, por una serie de incidentes, faltas, imprudencias ó negligencias, como se les quiera llamar, á la deplorable situación en que un suceso horrible, que debía despertar la simpatía de toda Europa y de Inglaterra en particular en favor del emperador, ha sido causa de un grave conflicto entre los dos países; que aquí las pasiones populares sobrecitadas contra Francia parecen dominar la razón de las clases inteligentes, y que hoy un ministerio débil é

indeciso está encargado de hacer aprobar un bill que en sí no es nada, pero que ha suscitado en su contra todas las pasiones del país porque se le cree impuesto por una potencia extranjera.»

Aquí llegaba de su despacho el conde de Persigny cuando recibió un billete de lord Malmesbury en que éste le rogaba que pasara á verle. Con gran asombro del embajador, el jefe del Foreign Office le anunció que el ministerio renunciaba á presentar el bill.

Las cosas iban tomando de este modo un carácter muy grave y se podía temer la ruptura de las relaciones diplomáticas entre Inglaterra y Francia, cuando de pronto el emperador hizo dirimir la cuestión directamente entre el conde Walewski y lord Cowley, sin consultar ni avisar á M. de Persigny, el cual se resintió sobre manera. «El martes pasado, 16 de marzo, escribió al conde Walewski, lord Derby vino á verme para congratularse conmigo, según me dijo, por la grande y feliz noticia; y como en mi asombro por no saber nada, le preguntaba qué entendía por feliz noticia, me dijo, sorprendido á su vez de mi ignorancia, lo que había pasado entre V. E. y lord Cowley. La alegría de lord Derby era muy natural. El partido tory, después de haber faltado tres veces á su palabra, no podía esperar que al presentarse por vez primera ante el ministro de Negocios extranjeros del emperador, recibiera de él felicitaciones y cumplimientos. Por interés de la dignidad del emperador, se me debería haber avisado antes que á nadie de la actitud que había tomado V. E., porque la ignorancia en que V. E. me ha dejado no podía menos de tener desagradables consecuencias. Esto es, señor conde, lo que en interés de nuestra mutua responsabilidad tenía que decir, como debía, á V. E.»

Como el conde Walewski obró por orden del emperador, éste le dió la razón y el 20 de marzo de 1858 aceptó la dimisión del embajador.

Veamos ahora qué comunicaciones se habían cruzado entre el ministro de Negocios extranjeros y lord Cowley. En un despacho del 4 de marzo dirigido á este último, lord Malmesbury declaraba que si se probaban ante un jurado todos los delitos enumerados por el conde Walewski, traerían consigo una condena, y que en razón del último atentado se habían iniciado procesos por complicidad y contra una publicación que erigía el asesinato en sistema. No se trataba ya del *conspiracy bill*. Pero lord Malmesbury atestiguaba en nombre del gobierno de la reina «el deseo de mantener la alianza que desde el restablecimiento del Imperio existía entre Francia é Inglaterra con gran ventaja de las dos naciones.»

El conde Walewski respondió con un despacho fechado el 11 de marzo, dirigido al conde de Persigny, é inspirado, ya que no redactado por el emperador; en él se advierte la elevación de miras y de estilo-habitual de Napoleón III. Decía que el gobierno se felicitaba de las seguridades amistosas del nuevo gabinete inglés y que S. M. creía haber aprovechado hacía seis años todas las ocasiones de estrechar los vínculos entre ambos pueblos... ¿Qué había sucedido?

Que el conde Walewski había dado aviso al gobierno de S. M. Británica de la existencia de una secta que en sus publicaciones y meetings erigía el asesinato en doctrina y que en el espacio de ocho años había enviado á Francia nada menos que ocho asesinos para matar al emperador. «S. M. os ha definido del modo más claro el carácter de nuestras gestiones, cuando os escribió á fines de enero: — No me hago ninguna ilusión sobre la poca eficacia de las medidas que se podrían tomar, pero siempre será este un buen procedimiento que calmara muchos enojos. Hoy ya no es cuestión de salvar mi vida, sino de salvar la alianza... — Creo inútil deciros, por otra parte, que jamás se me ha ocurrido considerar la legislación inglesa como protectora á sabiendas de los criminales. Mi despacho del 20 de enero no tenía más objeto que llamar la atención sobre un estado de cosas desagradable; pero me he abstenido cuidadosamente de expresar una opinión cualquiera acerca de las medidas adecuadas para remediarlo... Al dar estas seguridades á lord Malmesbury, tendréis la bondad de añadir que habiéndose desconocido las intenciones del emperador, el gobierno de S. M. se abstendrá de continuar una discusión que, de prolongarse, podría lastimar la dignidad y la buena inteligencia de los dos países, y que confía pura y simplemente en la lealtad del pueblo inglés.»

Este despacho, que no tenía más inconveniente que el de ser tardío, era sin duda muy bonito, así en el fondo como en la forma; pero hay que convenir en que parecía anormal que los ministros ingleses hubiesen tenido conocimiento de él antes que el embajador de Francia en Londres, á quien iba dirigido.

XXIV

EL MARISCAL PELISSIER EMBAJADOR

Por decreto de 23 de marzo de 1858 el mariscal Pelissier, duque de Malakoff, fué nombrado embajador de Francia en Londres, en reemplazo de M. de Persigny. Este dió en tal ocasión una prueba de patriotismo y de elevación de miras. El 24 de marzo escribió al conde Walewski: «Se ha hecho el nombramiento del duque de Malakoff para colocar de nuevo la política del gobierno del emperador al nivel en que estaba antes de las últimas circunstancias. Al escoger para reemplazarme á un hombre eminente cuyo nombre es el símbolo de una política digna y firme al mismo tiempo que trae á la memoria de los dos países el recuerdo más glorioso de su alianza, el gobierno da en cierto modo una ostensible adhesión á las observaciones que le había manifestado al presentarle mi dimisión. El doble objeto á que no he cesado de aspirar por mis esfuerzos y por mis consejos, la conservación de la alianza y el mantenimiento de nuestra dignidad, resulta admirablemente indicado con la elección de mi sucesor, y de este modo puedo aplaudirme de no haber apelado en vano al justo orgullo de mi gobierno. Por lo demás, jamás he dudado un instante de las verdaderas miras del emperador, y por esto no temí, exponiéndome á disgustarle, rasgar violentamente el velo que le ocultaba la verdad. Con este acto de abnegación he perdido una situación grande y elevada que convenía á mis gustos, pero tengo la convicción de haber cumplido con mi deber y servido á mi país.»

En seguida se comprendió en Inglaterra, lo mismo en las esferas oficiales que en el público, el sentido del nuevo nombramiento. El conde de Persigny añadía: «Lord Malmesbury, que anoche vino á pasar la velada conmigo, me ha dicho que la reina, que había acogido con viva satisfacción el nombre del mariscal, consideraba esta elección como un testimonio de alta consideración á Inglaterra al mismo tiempo que de elevada dignidad para Francia. Este nombre pronunciado anoche ha producido desde luego el efecto que debe causar dondequiera cierta emoción saludable, porque la reflexión precisó en breve su verdadero sentido.»

He aquí cómo relató el mariscal la toma de posesión de su embajada (despacho del 17 de abril de 1858): «A mi llegada á Londres el 15 de abril, he sido recibido con viva solicitud por la población de esta ciudad y por las autoridades civiles y militares. Las tropas estaban formadas en la carrera, y el Ayuntamien-